

GUILLEM CABRERA

CUANDO LOS PIES SON TUS ALAS

Con la colaboración de Marc Cornet



LIBROS CÚPULA

GUILLEM CABRERA

**CUANDO LOS PIES
SON TUS ALAS**

Con la colaboración de Marc Cornet

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Guillem Cabrera, 2017
© de la edición: Marc Cornet
© de la traducción: Marc Cornet, 2017

Letra de la canción 20 de abril: © Jesús Hernández Cifuentes, Ignacio Martín, 1991

Título original: *Quan els peus són les teves ales*
© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U., 2017
Primera edición: marzo de 2017

© de esta edición: Editorial Planeta, S.A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S.A.
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-480-2316-4
Depósito legal: B 3.732-2017

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Primer acto	9
Se levanta el telón	11
Los primeros pasos	15
¿El Billy Elliot catalán?	21
Una cuestión de 33.000 <i>pounds</i>	25
La primera prueba: <i>Well done</i>	31
Viaje de ida... y vuelta	35
Yo quiero estudiar aquí	41
La fortuna es de los atrevidos	45
Una montaña difícil de escalar	51
La sinceridad por encima de todo	57
Cosas de niños (y niñas)	63
Un muro... franqueable	67
Segundo acto	75
El miedo	77
<i>Crowdfunding</i> . ¿Dónde puedo hacer mi donación?	81
Las dudas	89
Un fuego que quema	95
La decisión final	101
Un <i>Camp Nou</i> para aprender	107
Una ayuda. No, muchas ayudas	113
El día D (la verdad)	121

Encontrar tu sitio	129
Las ausencias (y las presencias)	137
La distancia	143
Un día cualquiera en la escuela	149
Un examen	159
La nota	165
Una puesta de sol	171
William Frankenstein	177
Tercer acto	185
La recompensa	187
El vuelo continúa	195
Agradecimientos	199

SE LEVANTA EL TELÓN

*Nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme,
un punto en el que pueda el alma fijar sus ojos intelectuales.*

MARY SHELLEY

Veo el escenario entre bastidores. Hoy es un día importante y estoy un poco nervioso. Pero no más de lo que podría ser habitual antes de salir a actuar. Ahora bien, si lo pienso mejor, quizá más que nervioso estoy concentrado. Repaso mentalmente todo lo que debo hacer. Enumero los giros y uno por uno cada elemento artístico del ballet que me toca interpretar. El escenario no me impone. Ni éste ni ningún otro. Sé, como siempre, que este nudo en la boca del estómago se esfumará cuando haya hecho un par de pasos y las luces me enfuquen. Pero ahora, desde aquí, desde la oscuridad, todo se ve diferente.

Siento como algunas gotas de sudor me bajan por la espalda. Hace ya media hora que estoy cambiado y maquillado. Ya no soy Guillem Cabrera. Ahora soy William Frankenstein. El hermano del famoso Frankenstein. Sudo un poco por la tensión. Pero también por la ropa que llevo encima y que debe darme libertad de movimientos encima del escenario. Unas mallas. Una camiseta. Una camisa. Un chaleco. Y, encima de todo ello, una chaqueta. La ropa es un poco gruesa. La siento pesada. Pero cuando empiece a bailar, se me enganchará al cuerpo como una segunda piel y me dará una libertad de movimientos absoluta.

Desde el lugar donde me encuentro, la Royal Opera House de Londres parece otra cosa. Es uno de los escenarios más emblemáticos del ballet y de la danza en todo el mundo. Pero, desde la perspectiva que yo tengo de él, es más o menos igual que cualquier otro escenario, pequeño o grande, al cual haya salido a bailar. Caben más de dos mil personas. Pero, para mí, el público sólo es un conjunto uniforme. Negro. La potencia de las luces es tan fuerte que no veo nada salvo algunas cabezas y algunos ojos curiosos, que miran con admiración y exigencia, desde las primeras filas. Intento girar mi vista hacia otro lado. Debo estar por lo que hago. Dentro de un momento me tocará a mí. Y estos ojos se fijarán en mi personaje. Serán como un foco que me seguirá de un lado a otro. Como un iluminador de teatro.

Estoy pendiente de la señal, a punto de entrar en escena. El gusano coge forma y quizá llegará a convertirse en una pequeña serpiente que, traviesa, no para de removerse en mi barriga. Pero trato de mantenerla a raya. Dentro de unos segundos seguro que habrá desaparecido. La aniquilaré con la fuerza de la actuación. No sé cómo expresar todo lo que siento encima de un escenario. Me encuentro como si estuviera en casa. Me siento cómodo. Y en nuestra casa, todos nos sentimos que podemos ser nosotros mismos. Sin máscaras. Actuando, bailando, me siento completo. Aunque sólo tenga doce años, tengo muy claro que esto es lo que quiero hacer. Es lo que me hace plenamente feliz.

La sensación de estar a punto de entrar en escena es mágica y visualizo lo que haré. El corazón me va a cien por hora. Siento los latidos en las sienes. Son unos tambores agradables que me marcan el ritmo de los pasos. Ahora más rápido. Ahora más lento. Ahora un salto al aire y el vacío, hasta que vuelvo a poner los pies en el suelo. Una especie de voz interior me pide calma, lucha contra la serpiente. Me dejo llevar. Expulso la inseguridad. El miedo. Dejo de lado las

negatividades. Y gano confianza. Me concentro. Nuevamente. Ocu-
po mis pensamientos en los pasos. Soy William Frankenstein. El her-
mano del famoso Frankenstein. Entro de lleno en el personaje. Lo
vivo. Lo siento como propio. Soy yo.

Veo la señal. Es mi turno. Ha llegado la hora: es el momento de
la luz. De salir de la oscuridad. De abandonar la parte trasera del es-
cenario para pasar a formar parte de él. La hora de ser otro personaje
que toma vida. Y todos aquellos ojos curiosos, y exigentes, se fijarán
en mí. Me seguirán. Serpiente, fuera de aquí. Huye. Ya no te quiero
ver más. No te quiero notar. Hago los tres primeros pasos y los gu-
sanos, la serpiente... todo, todo se ha esfumado. De repente, soy fe-
liz. He vencido. Soy William Frankenstein. El hermano del famoso
Frankenstein. Siento como la alegría me invade y me dejo llevar.
Busco la perfección y hacer aquello que Liam Scarlett, el coreógrafo,
me ha enseñado durante tantas horas de ensayos.

No puedo fallar. No fallaré. No fallo. Me emociono. Sonrío.
Lloro por dentro. Dejo que la expresividad invada mi rostro. Y mis
gestos. Tres pasos más y un salto. Ahora recorro el escenario mientras
espero a Frankenstein, mi hermano. Las piernas buscan su propio
camino. Adelante. Atrás. Y la luz no para de seguirme. La oscuridad
ha quedado olvidada. Me siento libre. Independiente. Actúo, y me
gustaría tener una varita mágica para convertir en eterno este instan-
te. No me falta nada. Es la independencia del ballet clásico. Sin fron-
teras.

Por un rato, soy William Frankenstein. El hermano del famoso
Frankenstein.

LOS PRIMEROS PASOS

*Algunas personas miran al mundo y dicen ¿por qué?
Otras miran al mundo y dicen ¿por qué no?*

GEORGE BERNARD SHAW

Desde que era muy pequeño, las capacidades artísticas de Guillem siempre nos habían llamado la atención. En casa, nunca hemos estado relacionados con el mundo del baile o de la danza. Pero cuando aún no tenía ni tres años, él ya quería bailar. Tenía esa obsesión y una facilidad pasmosa para expresarse, tanto desde un punto de vista físico como psicológico. Y ni mi mujer, Sílvia, ni yo le pusimos nunca ningún impedimento. No era cuestión de poner piedras en su camino, sino de fomentar su creatividad y sensibilidad. Así fue como, junto con el entorno docente de su escuela, decidimos proporcionarle los instrumentos necesarios para que él pudiera desarrollar y trabajar todas estas habilidades innatas que tenía.

Con tan sólo tres años, pues, inició su formación de danza. Primero en el colegio, Escola Joviat, y después en un centro más indicado, la escuela de ballet Olga Roig, en Manresa. Algunas de sus amigas, que empezaron esta aventura con él, lo fueron dejando con el paso del tiempo. Pero él, persistente, nunca quiso abandonarlo. «Me gusta mucho bailar, me permite expresarme de la mejor forma de la que soy capaz», nos decía siempre Guillem. Y nosotros, como padres, hemos querido siempre mantenernos fieles a los sentimientos y demandas de nuestros hijos. Y los hemos apoyado de la forma que

nos ha sido posible. Los hemos ayudado a formarse como personas en este proceso constante de aprendizaje que es la vida. Así es como lo entendemos nosotros y así es como hemos tratado de ponerlo en práctica.

«¡No me desapuntéis de danza!»

No obstante, como padres no queríamos que esta obstinación fuera monotemática. Teníamos claro que el deseo y la determinación de Guillem era el ballet, la danza. Pero también queríamos que probara otras disciplinas hasta que supiera cuál era realmente la que quería escoger. Se trataba de una especie de proceso de ensayo y error como el que aplican los científicos. Pero en este caso adaptado a sus deseos. Y a lo que nosotros considerábamos como necesario. Queríamos que probara deportes como la natación, el fútbol o la gimnasia rítmica. Aparte de desarrollar habilidades psicomotrices, esto tenía que ayudar a evitar una de las principales dificultades que Guillem tenía a la hora de relacionarse con los demás: la timidez. Guillem, sobre todo cuando era pequeño, era bastante tímido. Y esto le impedía relacionarse con su entorno y, muchas veces, conseguir aquello que deseaba. Sílvia y yo, a día de hoy, aún nos reímos con una anécdota de cuando Guillem no debía de tener más de siete u ocho años.

Era a principios de curso. Aquella época en que los padres deben conjugar la voluntad de los niños y la suya propia de cara a escoger las actividades extraescolares que sus hijos harán durante el curso académico. Lo apuntamos a fútbol. El deporte que siempre me ha gustado y que, en la actualidad, con cuarenta y tres años, aún practico intensamente. Un poco espantado, tratando de no decepcionarme, Guillem no las tenía todas consigo. Sentado en la mesa del comedor de casa, nos dijo:

—Si queréis, jugaré. Jugaré a fútbol, ¡pero no me desapuntéis de danza! No lo hagáis, por favor.

Y, evidentemente, no lo hicimos. Tampoco era nuestra intención. Él quería seguir haciendo aquello que le hacía feliz: bailar. Se sentía libre cuando se ponía las mallas y las zapatillas de ballet. Y nunca se nos pasó por la cabeza cortar aquel deseo y aquella ilusión. Sino todo lo contrario. Pero Guillem también quería hacernos sentir felices. No quería decepcionarnos. En realidad, mirándolo todo en perspectiva, vemos que éste ha sido uno de los grandes atributos que ha potenciado nuestro hijo. Por un lado, la tenacidad por conseguir un objetivo, pero también, por el otro, buscar la aprobación de los que le rodean, de las personas que más quiere.

En casa, hemos ido sabiendo más cosas del mundo de la danza y del baile. Con el paso del tiempo. Que si contemporáneo, que si clásico... Son conceptos que se han convertido en familiares para nosotros, en paralelo con la evolución de Guillem. Al principio, cuando iba a la escuela Olga Roig, el único baremo que teníamos eran los exámenes de nivel de la RAD, la Royal Academy of Dance británica, una de las organizaciones de danza más prestigiosas de todo el mundo. Al final de cada curso, Guillem se presentaba a estas pruebas. No eran obligatorias para pasar de curso en su escuela, pero las hacía para saber cuál era su evolución. Era como un termómetro para él. Pero incluso más para nosotros, ignorantes absolutos de esta materia.

Y año tras año, curso tras curso, se repetía el mismo resultado. Valoraciones muy satisfactorias. E, incluso, reconocimientos en forma de menciones y becas de instituciones como la Federació Catalana de Dansa. Más que un valor económico —eran becas de poca cuantía— suponían un aumento de la autoestima. Y este proceso también comportó que Guillem adquiriera más experiencia encima de los escenarios. Iba ganando seguridad. Se sentía cómodo tanto en

el ámbito profesional como en el personal. Todo ello era la mejor indicación de que Guillem estaba haciendo bien las cosas. Seguía el camino correcto en su obsesión particular. Una obsesión que, con el paso del tiempo, ya no sólo era suya, sino que también era nuestra. De la familia. Y como en cualquier camino, en ocasiones existían sendas, curvas y personas que te ayudan a interpretar un mapa. Como una brújula que te echa una mano para encontrar el norte cuando estás un poco perdido, o simplemente no sabes concretamente hacia dónde debes dirigirte.

La visión de Lourdes de Rojas

Lourdes de Rojas es una prestigiosa profesora de baile de origen cubano. Imparte clases en el Institut del Teatre de Barcelona y su marido, Rodolfo Castellanos, también es profesor, en este caso, de la Royal Ballet School de Londres. No teníamos ni idea de quién era Lourdes de Rojas. Hasta que llegó la Semana Santa de 2014. Guillem bailaba a todas horas. En casa. En la escuela. Por la calle. Con los amigos. De lunes a domingo. Como si de un trabajo agradable se tratara, sin parar. Incluso quería aprovechar las vacaciones de Navidad o de Semana Santa para seguir formándose. Mejor dicho, más que hablar de formación, en su caso lo veía todo como un disfrute. Se sentía realizado. Nunca le costó ni le ha costado ir a clases de baile. Siempre lo apuntábamos a los cursillos que impartía Olga en su escuela. Ella siempre buscaba profesores externos con un buen currículum. Y durante aquellas semanas en las que Guillem no debía ir a colegio, a nosotros nos iba muy bien tenerlo ocupado y poder compaginarlo todo con nuestro trabajo. Y, en aquella ocasión, la profesora invitada era Lourdes de Rojas. El último día de aquel curso, fuimos a recoger a Guillem a la escuela. Ya habían terminado las clases y podríamos disfrutar todos juntos de unos días

libres durante las vacaciones de Semana Santa. Lourdes nos llamó aparte a Sílvia y a mí.

—Guillem tiene algo especial... Un talento necesario para la danza. Tengo un hijo que está estudiando en la mejor escuela del mundo. En la Royal Ballet School, en Londres. Mi marido también imparte clases allí. Como les decía, ésta es una escuela que tiene prestigio internacional. Yo, en su lugar, inscribiría a Guillem para que hiciera las pruebas de acceso. Más que nada, porque con estas pruebas también podrán saber el nivel real que tiene. No pierden nada por intentarlo —nos dijo, con mucha expresividad y con su marcado acento cubano.

Olga y Laura Bataller, una de las profesoras de la escuela, siempre nos habían comentado que Guillem tenía una habilidad especial. Pero pensábamos que nos lo decían porque era uno de los pocos niños que bailaban. Y, precisamente por ello, llamaba más la atención. No obstante, Lourdes de Rojas nos insistió en la necesidad de que hiciera las pruebas de acceso a aquella escuela que se llamaba Royal Ballet School (RBS) de Londres. Para nosotros, aquél era el nombre de la excelencia. Era como pasar de jugar en una liga *amateur* a hacerlo en una profesional. Un escalón demasiado alto... o quizá ni siquiera habíamos pensado jamás que el futuro de Guillem pasara por ser bailarín. Siempre habíamos pensado que el futuro y la felicidad de nuestros hijos pasaban por los estándares de nuestra sociedad. Esto es, un trabajo fijo, un piso, pareja estable, hijos... De todas formas, el nuestro era un pensamiento bien distinto del que podían tener Olga, Laura y Lourdes. Para nosotros, Guillem tenía sus estudios y el ballet le servía como válvula de escape y como forma de expresarse. «¿Por qué no hacéis un cambio de chip y pensáis en que Guillem estudie ballet y sus estudios escolares sean el complemento de su formación?», nos comentaron las tres.

Royal Ballet School. Era la primera vez que oíamos ese nombre. A pesar de los consejos, dejamos que pasara un tiempo. Como si nada. Pero la misma insistencia nos llegó también de parte de la escuela Olga Roig, a principios del curso escolar, en septiembre de aquel mismo año. De hecho, Olga y Laura, dos de las profesoras, siempre nos habían dicho que, a la larga, teníamos que tratar de entrar en el circuito de compañías de danza para probar suerte. El mensaje era idéntico, siempre el mismo: «No perdéis nada». Evidentemente, en aquellos momentos ignorábamos lo que suponía la RBS y el proceso de selección de sus alumnos. Tampoco, lógicamente, sabíamos cómo debíamos hacerlo ni cuáles eran los requisitos para inscribir a nuestro hijo. Tal y como siempre hemos hecho con Guillem y su hermano pequeño, Gerard, el diálogo nos dio la respuesta que estábamos buscando. Y el debate, o la desazón, depende de cómo se mire, se acabó. Habíamos encontrado la dirección a seguir. Guillem fue muy claro con nosotros cuando le pedimos si quería intentarlo:

—Sí. Me hace ilusión. Sería muy feliz si pudiera ir a Londres e intentarlo. ¿Por qué no? Quiero saber con certeza cuál es mi nivel. No perdemos nada.

La frase recurrente volvía a aparecer. En este caso, de boca de nuestro hijo.